

## Poesía de Miguel Arteche

Hace pocos días estuvo entre nosotros Miguel Arteche. Ello se debió a la labor cultural que está realizando el Colegio Carlos Cousiño, que invitó al poeta a dialogar con el público y a dar a conocer sus últimos trabajos literarios.

Miguel Arteche (4.6.1926), nació en Nueva Imperial. Estudió Derecho en la Universidad de Chile, estudios que interrumpe para dedicarse de lleno a la literatura, disciplina que cursa en la Universidad de Madrid. Posteriormente se desempeña durante un tiempo como Agregado Cultural de la Embajada de Chile en España. A su regreso a la patria se dedica intensamente a dirigir talleres en la Universidad de Chile, Universidad Católica, Biblioteca Nacional y fundar el Taller Literario Nueve. En su trayectoria literaria ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales. Ello le ha valido ser traducido al inglés, francés, italiano, hebreo, japonés, alcanzado renombre universal. Según los especialistas, generacionalmente, se le une a José Donoso, Guillermo Blanco, Alberto Rubio, Enrique Lihn, Efraín Barquero y David Rosenmann Taub.

Arteche es considerado uno de los poetas más valiosos de este último cuarto de siglo. Su obra no sólo se prodiga en la línea lírica, sino también en la novela: "La otra orilla" (1964), "El Cristo hueco" (1969), "La disparatada vida de Félix Palissa" (1975); el ensayo, que está difundido a través de diversas publicaciones literarias especializadas y en diversos órganos de comunicación. Entre ellos se destacan: "Notas para la vieja y la nueva poesía chilena" (1985), "La extrañeza de ser americano" (1962), "El extraño caso de Gabriela Mistral" (1968), "Tres visiones de Carlos Droguett" (1917), "Claves para la Poesía" (1987).

En relación a su producción poética, debemos expresar que ella es profusa y enriquecedora para la lírica nacional, pues en ella se sabe de la vieja tradición española, de las innovaciones líricas introducidas por los poetas norteamericanos e ingleses del Siglo XX, además de los aportes de universalidad realizados por el nicaragüense trascendente, Rubén Darío. En su quehacer poético, alientan las corrientes clásicas y contemporáneas, mostrando a través de ellas un profuso espíritu cristiano que lo anima, además de enraizarse en las más auténticas fuentes de la poesía de oro española. De este modo, su poética se vuelve contemporánea de la de Quevedo, sobre todo en su realismo y patetismo siendo ambos penetrados por el dolor humano y por la tremenda caducidad de las cosas sujetas al tiempo.

Pero volvamos a la visita realizada por este gran poeta nacional. En ella leyó como primicia tres canciones dedicadas a sus nietas, composiciones que aún no han visto la luz de la difusión pública a través de un poemario o libro. Estas se intitulan: "Canción para saber dónde está la niña Elisa"; "Canción para mano de Francisca Andrea" y "Canción con mucha cautela para la niña Daniela". A través de ellas, nuestro vate sigue la estructura de la tradicional canción clásica, eso sí con innovaciones propias del virtuosismo lírico tan propias del poeta, donde el ritmo poético adquiere sonidos novedosos y sorprendentes. Demostrándonos que su lira poética está dominada por la perfección formal y a la vez por una pausada y fina creación estética que el poeta comunica en permanente vigilia.

Posteriormente, conversó sobre lo que significaba su experiencia poética. Expresó, al respecto, que "un poeta, si de verdad es honesto, sólo



**ANUAL DE ARTE.**— La fotografía muestra a uno de los grupos participantes de la Segunda Anual de Arte de la Universidad de Playa Ancha, interpretando un baile de Isla de Pascua.

puede dar lecciones, si es que las puede dar, acerca de su propia experiencia, siempre que sea capaz de salir de ella para mirarla desde afuera". Además, agregó que uno de los gozos que produce la poesía es que en ella se observan las cosas como si se las vieras por primera vez. De aquí que después de la lectura de un buen poema, uno ya no es el mismo. Así del mismo modo, cuando un poeta nombra, lo que nombra nace. Aquí recordamos las palabras de Huidobro, cuando nos expresaba que "el poeta es un pequeño dios".

Igualmente, enseñó algo que muchos poetas debieran saber hace mucho tiempo ya, que "la poesía es la forma más concentrada de la materia verbal" y por lo tanto "lo que se debe decir en el poema, o se dice así o se aburre"; asimismo, que en poesía no se puede hacer todo, como creen ciertos poetas vanguardistas, hoy muy en boga, y enzalados por algunos críticos nacionales pretigiosos, sino que "en poesía hay que hacer lo que se debe hacer, y no lo que a uno le dé la gana de hacer". Esto último, viene a probarnos lo que hemos expresado reiteradamente en nuestra cátedra universitaria, que desde hace algunos años estamos inundados de versos que son cualquier cosa, menos versos. Ni qué decir tiene que en este caso a la métrica se la sienta obsoleta, como un compositor que sintiera obsoleta la armonía o el contrapunto. De esta forma, para el poeta que aquí tratamos, ritmo e imagen no son sino una misma cosa.

Así "un mal poema se notará de inmediato; está lleno de agujeros: malas imágenes, torpeza rítmica, rellenos, lugares comunes inadvertidos, cursilería, material con el que los poetas auténticos crean buenos poemas, por la simple razón de que se dieron cuenta de lo que sucedía en los malos poemas".

Arteche terminó contestando a la pregunta: ¿Para qué sirve la poesía? Ante ello expresó, en síntesis: "La primera función es hacernos ver el mundo como si recién hubiera nacido; y la segunda, ser como un puente para reconectar al hombre de nuestro tiempo con su imaginación".

León C. Santoro Funes.